

muy léjos; pero el asunto es de tanta importancia, ha contribuido tanto al logro de nuestro deseos, y puede ser tan útil á otros que le quieran practicar, que me he resuelto á explicártele desde su origen y por extenso.

A mi llegada aquí tuve muchas conversaciones con mi amigo sobre la educacion de sus hijos, y sobre el plan ó método que debiamos seguir en ella. Hablamos de la Religion y del modo con que debian aprenderla, y aunque dijimos muchas cosas que no es posible recoger aquí, te diré lo mas esencial, porque de estas conferencias nació la excelente institucion de que voy á informarte. Mi amigo pues me dijo: El mayor consuelo que recibo de tu venida y de tu condescendencia en encargarte de la educacion de mis hijos, es que por tu medio aprenderán bien la Religion.

Cuando digo que la aprenderán bien, ya debes entender que deseo que la aprendan de otro modo que la hemos aprendido tú y yo, y que no sea como en general la aprenden los muchachos. Yo pienso que el estudio sólido y fundamental de la Religion no solo es útil para sostenernos contra nuestra propia flaqueza, sino el único preservativo contra el contagio de la incredulidad, y que esta no debe los rápidos y lamentables progresos que han corrompido nuestro siglo, sino á este defecto de la educacion actual, que nos deja en una ignorancia vergonzosa de lo que mas nos importa saber.

Acuérdate Mariano, de lo que se ha hecho con nosotros, y de lo que se hace en general con los niños. Apénas se les enseña en los mas tiernos años de la infancia, y cuando todavía no son capaces de entender nada, se les hace aprender de memoria los artículos necesarios de nuestra fe. Los niños lo repiten sin saber lo que dicen, tales como los hallan en ciertos catecismos dispuestos á este fin, que los presentan secos, aislados y despojados de toda la magestuosa conéxion y dependencia, de todo el magnífico enlace con que está revestido el augusto edificio de la Religion.

De modo que toda su instruccion se reduce á repetir de memoria las verdades eternas, sin que jamas se les enseñe los principios de donde nacen, ni los fundamentos que las sostienen, ni las pruebas que las persuaden. Así se les hace cristianos, casi como á los turcos se les hace mahometanos, únicamente por tradicion y por ejemplo. Y con esto se despoja á la Religion cristiana del singular privilegio que tiene sobre todas, que es haberla fundado su Padre celestial sobre la roca indestructible de basas luminosas y evidentes á que la razon no puede resistir cuando las examina.

Tú sabes que á esto se reduce en general la instruccion que se les da, y á la verdad es la única que se les puede dar en la niñez; pero la desgracia es que de ordinario es tambien la única que reciben en todo el discurso de su vida; porque desde que sus

años se aumentan, sus fuerzas crecen, y su razon empieza á desenvolverse, se les llena el tiempo con otras ocupaciones y estudios, sin que haya interva- lo ni época en que se les vuelva á hablar de los principios de la Religion. Así este objeto que por su importancia debia ocupar todos los momentos de su vida, no encuentra en el discurso de la mas larga uno solo que se le consagre.

En efecto, apenas salimos de la primera infancia, y ántes de que nuestra razon acabe de formarse, se nos llena la cabeza de instrucciones extrangeras, que por lo mismo que no se cimentan sobre la Religion, son mas perniciosas que útiles; se nos enseñan cosas fútiles, que no sirven mas que de hacernos caer en muchos defectos y grandes extravíos. Se nos enseña larga y fastidiosamente lo que ni en la edad madura podremos entender, lo que no nos importa saber, y lo que nunca podrá contribuir á hacernos mas virtuosos ó mas felices. Así se pierde la mejor parte de nuestra vida; así la edad de aprender, la edad destinada por la naturaleza para adquirir y guardar las primeras buenas impresiones, y las ideas sanas y justas que deben formar en nuestras almas las virtudes que exigen la Religion y la sociedad, se pasa por la mayor parte, en fruslerías inútiles.

De aquí resulta que en general los hombres no saben la Religion, y que si se examina un pueblo entero, se le hallará poco instruido de lo único que

le importa saber; que por consiguiente la práctica de las virtudes debe ser muy rara y muy difícil; y que si algunos niños privilegiados porque el cielo, les ha repartido corazones mas tímidos ó mas sensibles, reciben en mejor tierra las semillas de las verdades eternas, y conforman con ellas sus costumbres, casi no lo hacen sino por un principio de temor; porque á pesar de la naturaleza degradada, las amenazas de una eternidad infeliz les han dejado una impresion mas viva y mas sentida. Pero ¿cómo pueden ser conducidos por principios de amor? ¿Cómo serán movidos por la hermosura de la virtud? ¿Cómo pueden sentir la dignidad de su vocacion? ¿Cómo pueden admirar á Dios en sus obras, y sobre todo en el magnífico y sublime plan de su Religion, si nada de esto conocen?

Pero ¡ay! lo mas triste es, que aun estos que si quiera el temor debiera contener, son raros, y que la mayor parte se precipita, no teniendo de la Religion mas que una tintura ligera y superficial, ignorando los principios estables de su fe: no teniendo ninguna idea del espíritu que la rige y de los medios que la sostienen, su alma está abierta á todas las seducciones, sin que haya una barrera que la detenga. El primer enemigo que la combate, la vence; el primero que la lisonjea, la seduce: si los vicios la halagan, se apoderan de ella; y si la incredulidad la combate con su estilo pérfidamente seductor, al instante se le entrega, sacude el yugo,

suelta las cadenas que la ponía la severidad de la justicia cristiana, y en poco tiempo pasa de la indiferencia en que yacía, al odio sistemático de la Religión; y así no es extraño que se hallen hombres que ántes de haber empezado á creer, sean ya incrédulos y enemigos de la Religión.

Confesémoslo, Mariano, de buena fe, y confesémoslo con dolor. ¿No es verdad que esta puede ser la marcha y las resultas de la diminuta y mezquina instrucción que se nos da? Lo peor es que esta es la mejor de nuestras educaciones; porque hasta aquí no te he hablado sino de las que dan los padres vigilantes á sus hijos, cuando su cristiana solicitud puede costear ayos y colegios: pero si vuelves los ojos á considerar esa inmensa masa del pueblo que, ocupada siempre en sus trabajos rústicos y necesarios, no ha recibido en su niñez, ni puede recibir en su edad adulta mas que obscuras y lánguidas nociones de la Religión, entónces comprenderás cuán profunda y general debe ser la ignorancia de los pueblos.

Entónces se concibe fácilmente la multitud de abusos, y la extravagancia de supersticiones á que estan expuestos; entónces no se puede extrañar que tengan la puerta abierta para dar entrada en su corazón á todos los vicios, y dejarse seducir de todos los errores. El remedio de este mal, y acaso el mayor de todos los que afligen á la humanidad cuando se ven con los ojos de la fe, seria que hubiese ins-

tituciones públicas, y que se tomasen medidas eficaces para que todos se instruyesen de ellas en la edad y en el tiempo en que pudieran serles provechosas.

Es claro que los niños en la edad tierna no son capaces de penetrar ni de sentir este cúmulo de verdades, hechos y luces que presentan la historia y la doctrina de la Religión: se debía pues enseñarles desde luego los primeros elementos del catecismo, como se hace ahora, para prevenir el riesgo de su muerte; pero se debía tambien reservarles una enseñanza completa y extendida para una edad mas adelantada, y en que ya su razon estuviese en estado de comprender las pruebas, el espíritu y los documentos de su fe. Para los niños de una clase que puede recibir una educacion mas cuidadosa, debía haber tratados elementares, en que pudieran aprenderlos; y para el pueblo, que ni sabe leer, ni tiene tiempo para este estudio, debía haber conferencias ó instrucciones públicas en las iglesias, especialmente en la Cuaresma, y todos los años se les debía inculcar esta esencial instruccion.

Pero por desgracia no se ha establecido, ni en nuestras iglesias, ni en ninguna de nuestras instituciones religiosas, nada que pueda enmendar, como yo quisiera, este defecto de nuestra crianza general. No se ve ni hay dónde ó cómo un mozo rico ó pobre pueda adquirir estos conocimientos, que son tan esenciales tanto á su propia felicidad, como á la de todos. Los teólogos mismos que por instituto

de su vocacion se consagran al estudio de la ley divina, y son el depósito vivo de las pruebas de la Religion y su misterios, cuando llegan á adquirir esta instruccion, apénas hallan medios de comunicarla y extenderla.

¡Cuán importante seria que los mismos nos instruyesen, y nos presentasen el augusto conjunto de la Religion con todas sus grandezas y tesoros! ¡Que nos descubrieran este fondo inagotable de luces y verdades que encierra el sagrado libro de las revelaciones divinas, y finalmente, que nos mostraran con tanta claridad, las pruebas evidentes de su verdad que nos hicieran impertubables en la fe y la posesion de la santa doctrina!

Los predicadores evangélicos pronuncian algunas cortas palabras socadas de los libros santos que se proponen como texto, y procuran extenderlo y comentar, valiéndose de las ideas á que este texto conduce. Exponen sobre algun punto de la doctrina ó de la moral cristiana, lo que les parece mas capaz de instruir ó edificar á su auditorio; pero este método, que es excelente para mantener y avivar el amor de la Religion en los que ya la conocen, no es suficiente para hacer conocer, ni su verdad, ni su hermosura á los que no tienen bastante conocimiento de ella. ¡Cuánto mas efecto produjeran, si los oyentes estuvieran mas persuadidos! ¡Y por qué un cierto número no se destina á esta parte de la instruccion, que es mas necesaria y primordial?

El hecho es, que el púlpito que vemos tantas veces adornado con flores, que algunas no dejan de producir sazonados frutos, raras veces se le ve en disposicion de recoger todos los que pudiera, porque no nos instruye de los primeros principios de la verdad de la Religion y de su origen divino, porque nos deja en la misma ignorancia en que nos dejó la insuficiente educacion que recibimos; y de todo resulta que esta enseñanza, que por su importancia debia ser la mas universal, la mas completa, la mas fácil, no solo es la mas rara, sino la mas difícil de encontrar.

Para hacerte palpable esta verdad, vo quiero suponerte ahora en la capital donde son mas abundantes los socorros, y que un salvage venga á preguntarte: ¡Adónde ó cómo podrá dirigirse para saber cuál es el culto y la Religion de los cristianos, cuáles son las pruebas que la persuaden, los principios que la establecen y los testimonios en que se funda? En fin, ¡á qué magistrado ó ministro público podrá acudir para recibir una instruccion completa sobre el cristianismo? Me parece, Mariano, que te hallarias muy embarazado, porque casi no sabrias qué responderle, ni á quién dirigirle.

El único recurso pues que podias tomar, seria de remitirle á la caridad particular de alguno de los pocos, que á fuerza de trabajo han hecho por sí mismos este estudio. Tú te asombrarias considerando que no pudiste responder desde luego bien y fá-

ilmente á una pregunta tan sensata; pero el salvaje se asombraría mas de tu embarazo, si se pusiera á reflexionar que en un pais en donde todo se enseña, que en una capital en donde hay cátedras y salarios para químicos, botánicos, y en general para todas las artes útiles, no haya ningun establecimiento para la enseñanza de las pruebas y fundamentos de la Religion; que el estudió que más interesa, sea el único que falte; que esta enseñanza no sea la mas comun, y que no esté siempre abierta á todas las clases de la sociedad.

No te digo esto, Mariano, con espíritu de censura ó de crítica. Sé que en la tierra todo es imperfecto; y cuando deploro la insuficiencia de los recursos públicos contra la ignorancia y el olvido de la Religion, me hago cargo de que es difícil hacerlo mejor, y mudar los usos establecidos. No desespero de que el tiempo, con mas conocimiento de la necesidad, y con los tristes ejemplos que nos afligen, produzca reformas saludables; pero te lo digo para hacerte sentir la mucha razon con que mi director me ha dicho que en el actual estado de las cosas es menester que los padres de familia ejerzan en ella una especie de magisterio doméstico, y que en sus hogares, ayudados de sus amigos, sean los institutores y los apóstoles de sus hijos.

Te confieso, amigo, le respondí yo, que mis ideas no se habian detenido sobre el grande asunto que me propones; pero tus reflexiones despiertan las

mias, y me afligen porque me convencen. Tú me haces advertir, que á la verdad nuestra educacion religiosa es muy imperfecta y ligera, y que convendría... ¡Ay, Mariano! me interrumpió, tú no has sentido todas las consecuencias de este mal, porque no le has sufrido. Dios te ha preservado, tu buen natural te ha hecho aprender por tí mismo tu Religion, y tus costumbres han sido siempre puras; pero ¡infeliz de mí! yo lo siento, porque soy víctima desgraciada de este desórden.

Sí, amigo, yo no puedo atribuir, ni los prolongados errores de mi espíritu, ni los muchos vicios de mi corazón, sino á la superficial y frívola enseñanza con que se me instruyó en la Religion. Me parece que si me la hubieran dado mejor; que si á la edad de diez y seis ó diez y ocho años, cuando las pasiones desenvuelven su fuerza, se me hubiera instruido de una parte de lo que mi director me ha enseñado; me parece, digo, que ilustrado con aquella luz, y convencido con tantas pruebas, jamas hubiera caido en los delirios de la incredulidad.

Me parece tambien que quizá hubiera resistido á las seducciones del vicio; y que si la juventud y la opulencia me hubieran arrastrado, el freno de la Religion me hubiera contenido, ó que á lo ménos hubiera disminuido el número y la prolongacion de mis excesos. Sí, Mariano, me parece imposible que el mortal venturoso que ha podido penetrar una vez, y conocer la verdad de nuestra divina Re-

ligion, pueda jamas ser seducido por los falaces sofismas de una fatal filosofia; y cuando la violencia de sus pasiones consiguiera un momento arrastrarle al error, me parece imposible que esta luz interior que ya está en su alma, tardase mucho en volver á alumbrar, y ponerle en el camino derecho en medio de sus mismos extravíos.

Así, Mariano, no seré yo un padre inhumano como tantos lo son, y como era yo mismo. ¡Divina Religion! ¡cómo sabes mudar los corazones! El menor de mis cuidados era la educacion religiosa; pero ahora que la fe me gobierna, y ahora que vivo con la esperanza de sus promesas, no puedo ver los tiernos renuevos que crecen á mi vista, no puedo considerar lo que serán en el dia eterno estos dulces objetos de mi amor y de mi paterna vigilancia, sin derramar lágrimas de admiracion y de alegría.

¡Qué! me digo á mí mismo, cuando al lado del trono vemos al infante, hijo de los reyes, que ignorando todavía el esplendor de su nacimiento, y la elevacion de sus destinos, está jugando con la pompa que le rodea, no podemos dejar de admirar las grandezas que reserva la suerte á una pequeña y débil criatura. ¡Qué seria, mi Dios, si nuestros débiles ojos pudieran percibir el resplandor celestial, el carácter divino con que queda marcado el tierno niño que á los piés del altar recibe la inmortal regeneracion que le imprime el bautismo!

En comparacion de este don celestial y supremo, ¡qué pueden parecer todas las grandezas y coronas que dejan á los hombres que morirán, otros hombres que ya van á sepultarse en sus sepulcros? ¡En dónde está el príncipe heredero, de quien se pueda decir como del bautizado: Este niño será grande, porque su poder es eterno, y su imperio no sufrirá revolucion alguna?

Y si para presidir á la educacion de los hijos de los soberanos, para dar elevacion á sus discursos, y una forma real y magestuosa, se buscan los hombres mas distinguidos del imperio; ¡cuál debe ser la superioridad y la ilustracion del hombre que se consagra á desenvolver en un corazon tierno que nace con una alma inmortal, y que viene destinado á ser heredero del cielo, la semilla de virtudes que trae consigo, y con que debe modelarse sobre el molde del infinito y del infinitamente perfecto?

¡Preciosa infancia! ¡quién puede verte sin amarte y sin enternecerse! ¡Quién puede amar sus propios hijos sin deplorar como yo, con lágrimas amargas haber sido uno de esos padres ciegos y crueles, que no los estiman sino por los frívolos talentos que les dan, y con que los pervierten y los pierden, como se pierden ellos mismos!

Mi amigo decia esto tan anegado en su llanto, y con acentos tan alterados y lastimeros, que casi no articulaba las palabras que quedaban sofocadas en sus sollosos. Me pareció necesario calmarle; y aun-

que yo mismo estaba muy conmovido, le dije: Todo es verdad, amigo; pero me parece que ahora léjos de afligirnos, solo tenemos motivos para dar gracias á Dios de que te ha abierto los ojos en tiempo oportuno. Tus hijos estan en la edad mas conveniente para adquirir las instrucciones necesarias, y todavía es fácil ó reparar el tiempo perdido, ó borrar las malas impresiones que han podido tomar.

Alabemos pues al Señor, de que te ha sacado de una ceguedad tan comun, y de que te da deseos tan vivos, y todos los medios de reparar este error. Ya tú, á quien la Providencia destina para tan santo ministerio, estas dispuesto á ejercerle sin interrupcion ni descanso. Yo tambien, á quien tú quieres asociar y dar parte en tus dignas funciones, estoy aquí, y resuelto á ayudarte y seguirte: nada nos detiene; dispongámonos pues á usar de todos los medios que la naturaleza y la Religion nos prescriben; y léjos de ocuparnos en tristes endechas, ni en lamentos inútiles, entonemos el cántico de gracias, y el himno de la súplica para pedir al Padre celestial luces y socorros. Esperemos en su bondad que nos ayudará á desempeñar esta deuda sagrada, y dejemos de poner la vista en la pasado, para considerar mejor lo porvenir.

· Mi amigo se levantó, y vino á enlazar sus brazos con los míos; pero con ademan tan tierno y afectuoso, que conmovió toda mi sensibilidad. Estuvimos abrazados mucho tiempo, y apenas nos sepa-

ramos cuando entró el cura, quien no pudo dejar de conocer nuestra situacion, ni disimular su sorpresa. Yo le dije el asunto de nuestra conversacion, y le resumí en pocas palabras las reflexiones de mi amigo sobre la poca instruccion religiosa que se daba á los niños.

El cura me escuchó con mucha atencion, y despues de haber arrancado un suspiro que parecia salir de lo íntimo de su alma, nos dijo: Este pensamiento, señores, es el mas continuo y el mas punzante torcedor de mi vida. Dios sabe que desde que vine á encargarme del pasto espiritual de este pueblo, mi primer deseo y mi mayor conato ha sido instruir á mis feligreses en nuestra santa Religion; pero ¿qué pueden mis débiles esfuerzos contra todos los estorbos que encuentro á cada paso, tanto en sus antiguas costumbres como en las instituciones civiles? Ved aquí lo que me pasa.

Yo me ocupo mucho en la iglesia; y en todo tiempo, pero principalmente en la cuaresma, en hacer pláticas, conferencias y explicaciones de la doctrina cristiana; y aunque no sea en los términos que vos lo deseais, y que ciertamente serian mejores, á lo ménos deseo enterarlos en los primeros y los mas esenciales rudimentos de la fe; pero jamas he podido conseguir por mas esfuerzos que he hecho, que ningun adulto de los dos sexos haya venido á mis instrucciones: todos me responden:

que tienen otros negocios, que ya pasaron el tiempo de aprender, que eso no es bueno sino para muchachos, y otras frieleras de esta suerte, que me descubren mas su ignorancia y la poca idea que tienen de la importancia de esta instruccion.

Habiendo sido vanos todos mis esfuerzos en esta parte, procuré á lo ménos instruir á los niños, y he trabajado con el celo mas activo para que todos vengan al catecismo; pero aun esto me cuesta mucha pena conseguirlo, y mi solicitud no es siempre feliz. Muchos padres y madres, poco instruidos ellos mismos, y que no conocen la importancia de que sus hijos se instruyan, oponen á mis esfuerzos una fria indiferencia, y prefieren los débiles servicios que les pueden hacer sus pocas fuerzas. Así, léjos de conducirlos y encaminarlos á la iglesia, los desvian y los amenazan cuando quieren venir los muchachos.

Otros cuidan de hacerlos venir, y en efecto viene gran número. Yo no dejo de repetirles las instrucciones; procuro inculcarles lo mejor que puedo los artículos mas indispensables y esenciales de nuestra fe, de la manera que me parece mas proporcionada á la inteligencia de su rústica y débil razon. Sobre todo, cuando se acerca el término de su primera comunión, procuro aplicarme mas, soy inexorable y no permito á ninguno la participacion de nuestros misterios sagrados, sin haberle puesto en estado de saber lo que fuera delito

ignorar, y para esto retardo las primeras comunicaciones cuanto puedo.

¡Pero qué puedo hacer con todo eso? Yo estoy solo, y por mas activo que sea mi celo, mi atencion se multiplica demasiado para que pueda ser suficiente con cada uno. Por otra parte ¿cómo es posible hacer entender bien misterios tan sublimes á muchachos, cuyas cabezas no estan formadas todavía, y que por su ligereza estan sujetas á toda especie de distracciones? Apénas les pueden quedar algunas nociones obscuras, que para fijarse y ser bien entendidas necesitarian de ser repetidas y continuadas.

Pero la mayor desgracia es, que si á fuerza de trabajo consigo instruir mejor á un muchacho, y ponerle en estado de hacer bien su primera comunión, este beneficio ordinariamente dura poco, y se pierde presto; porque este mismo no vuelve otra vez al catecismo, y ni las promesas ni las amenazas bastan para conseguirlo. Como ya entónces empiezan á tener alguna fuerza, y pueden ser mas útiles, los padres por un motivo de interés los destinan á ocupaciones incompatibles con esta: unos los aplican á sus comercios, otros los emplean en sus trabajos rústicos, muchos los abandonan á la mendiguez y ociosidad, y todos se distraen y alejan de un ejercicio que les es ingrato.

Lo que resulta de todo es, que aquellos muchachos que aprendieron mejor, léjos de adquirir los

conocimientos que les faltan, pierden muy presto los pocos que habian adquirido: que su corazon queda abierto á todos los vicios, y que si la ocasion se presentara, su espíritu daria entrada á todos los errores: que el número de los mendigos y los ociosos de que se forman los asesinos y los salteadores, se multiplica, y que toda esta especie de pueblo tiene las peores costumbres. Os aseguro, señores, que esta idea me ha afligido mucho y muchas veces, y para consolarme no hallo otro recurso que acogerme á la bondad divina que gobierna el mundo, y que puede conducir á la felicidad eterna las almas que ha criado, por medios desconocidos á los hombres.

Pero ¿qué se puede esperar de cristianos que no lo son mas que de nombre, que no solo ignoran las pruebas de la verdad de su Religion, sino que apenas saben en qué consiste? ¿Qué se puede esperar de personas tan poco instruidas, que no son capaces de dar la menor razon de su fe? ¿Cómo podrán resistir á los sofismas de la incredulidad que tanto halagan á nuestra miserable corrupcion? Y si alguna vez se ponen en la ocasion de escuchar sus falaces y lisonjeros discursos, ¿qué se puede esperar de su ignorancia?

Aquí se nos avisó que la comida nos esperaba en la mesa; y aquí debo tambien advertirte, que nosotros interrumpimos al cura con diferentes reflexiones que omito por no ser de la mayor impor-

tancia; y porque mi objeto es resumir lo que me pareció mas notable en su discurso. Despues de comer nos dijo otras muchas cosas de que te informaré en la primera que te escriba. A Dios por hoy, querido Antonio.

CARTA XL.

MARIANO A ANTONIO.

ANTONIO mio: desde que salimos de la mesa volvimos á enlazar la conversacion que dejamos interrumpida, y fué tan larga que duró hasta la noche. Ya comprendes que es imposible que yo te repita con exactitud todo lo que se dijo en aquellos largos discursos; pero como mi objeto es únicamente darte una idea de lo mas sustancial, dejando aparte todo lo que mi amigo y yo pudimos decir, procuraré resumirte lo que me parece mas importante, y que nos dijo el cura, el cual tenia mucha instruccion en estas materias.

Despues de algunos discursos vagos, nuestro digno pastor nos dijo: Señores, es increíble el extremo de ceguedad y malicia á que puede llegar